

Richard Auzenne, Valliere y Juan Carlos Galeano. *Los árboles tienen madre*, documental, Florida State University, 2008.

Galeano, Juan Carlos. *Cuentos amazónicos*. Iquitos: Editorial Tierra Nueva, 2014. 164 pp. ISBN 978-612-4142-132-0

Galeano, Juan Carlos. *La lluvia se emociona con los aplausos*. Lima: Editorial Arcángel San Miguel, 2015. 62 pp. ISBN 9-786-124-105-319.

Reviewed by  
Thomas Mouries  
University of Cincinnati  
École des hautes études en sciences sociales, Paris, Francia

¿Dónde está mi hijo?, pregunta la madre. Se lo llevó un ser proteico con piernas desiguales, aseveran los testigos. El Chullachaki, en forma de mujer, lo sedujo y lo raptó. Ahora el adolescente está entre dos mundos, el humano y el otro. Solo un chamán puede cruzar esta frontera, penetrar a través de sus cantos en el mundo sobrenatural y traer noticias del secuestro.

El documental de Valliere Richard Auzenne y Juan Carlos Galeano empieza con la voz melódica del curandero. Los ojos cerrados, canta mientras golpea con un abanico de paja la madre, cuyo dolor resiste al duelo. El chamán le da esperanza: su hijo está vivo, pero aún no puede salir. Recordamos a Ulises en la cueva de Calipso. Es cuestión de esperar, y la madre espera. En las entrevistas, su mirada honda oscila entre evasiva y fija, mientras que sus palabras expresan con voz suave su confianza. Lo dijo el chamán: está vivo, volverá.

El documental sigue su camino y contrapone esta historia con imágenes de la deforestación: la Amazonía está siendo saqueada, destrizada. (Montaigne, a fines del siglo XVI, mostraba ya que si había salvajes en América no eran los indígenas.) Vemos surcar los barcos madereros, primer eslabón de una cadena que despuebla la selva y avitualla prosperidades lejanas.

*Los árboles tienen madre*: el título de la película establece un paralelo y nos alcanza un espejo. Nos vemos como un ser inhumano, voraz, víctima de su propio deseo y que por ello, martiriza a los árboles arrancados de los brazos maternos. De este martirio surge una mística de la naturaleza, palabra que nos viene del latín *natura*: el hecho de nacer. La madre es la matriz, y los hijos somos todos: un entretreído de vegetales, animales y humanos<sup>1</sup>.

No se trata aquí simplemente de una metáfora, sino que hemos ido cambiando de coordenadas cosmológicas: nos hemos adentrado en lo que los antropólogos llaman la ontología de la Amazonía indígena<sup>2</sup>. En ella, las dicotomías del pensamiento occidental se deshilachan y dejan lugar a otras perspectivas sobre los seres y sus acoplamientos. En ella, los árboles pueden tener madre y los animales guardián o dueño. Son seres sobrenaturales que se aparecen en sueños y en circunstancias equívocas o irresolubles. Cuando a un cazador se le va la mano y mata más de lo debido, el dueño de los animales proporciona el justo castigo: escasean las presas durante largos meses o, peor, tal hijo sucumbe mordido por una víbora.

¿Qué pasa entonces cuando el hombre aflige a la madre de los árboles? Juan Carlos Galeano nos ofrece algunas pistas. En uno de sus *Cuentos amazónicos*, “Chullachaki” (p. 97), presenta a éste como “el dueño de los animales y los árboles” y añade que es “un dueño bueno” (p. 98). Un trabajador del caucho se lo encuentra en la selva y el Chullachaki, viéndolo miserable, hace que los árboles le brinden más goma; “pero no vayas a ser tan avariento y sacarle tanta leche a los troncos que los hagas llorar”, le advierte.

El trabajador siguió estas pautas, pero no así su codicioso patrón, quien pasaba tras él “y sacaba con desmesura”. El Chullachaki, viendo esto, impide a ambos extraer más goma. Pero mientras perdona al primero, le dice al patrón: “Tú no tienes compasión, ¿no te diste cuenta de que los últimos baldes que sacabas no tenían leche del caucho sino lágrimas de los árboles?” (p. 98). El patrón pronto periclitó y muere con horribles dolores sin que ningún médico ni ningún “sabedor” pueda nada por él. ¿Qué puede él saber contra la barbarie auto-infligida?

En “Curupira” (otro nombre del Chullachaki), poema que se encuentra en *La lluvia se emociona con los aplausos*, Galeano describe otra vez al epónimo como un buen proveedor. Y otra vez advierte:

Pero los hombres no deben llevarse todos los animales, árboles y frutas.  
El Curupira podría soplar el humo para que desaparezcan los animales,  
árboles y frutas. Puede soplar todo su humo para que desaparezcan los

---

<sup>1</sup> Este entretreído se puede admirar en los dibujos de Rember Yahuarcani que acompañan los textos de Galeano en su poemario *La lluvia se emociona con el viento*.

<sup>2</sup> Descola, Philippe. *Más allá de naturaleza y cultura*. Buenos Aires y Madrid: Editorial Amorrortu, 2010. Impreso.

caminos. También podría decirles a los animales sus secretos para cazar a los hombres.

En esta facultad poética de darle vuelta a la mirada reside el arte sencillo e incisivo de Galeano. Con humor y ligereza, al estilo de un La Fontaine contemporáneo, se impregna de los relatos amazónicos y de su fuerza creativa y sapiencial. No se trata de mirar al otro, sino de mirarse a sí mismo a través de las metamorfosis que la mirada del otro nos propone. Y éste no es distante, sino que es también uno mismo en su capacidad de transformarse indefinidamente, para bien o para mal.

Esto exige devolverle a la realidad su amplitud, su capacidad inagotable de sorprendernos, de cuestionarnos, de embrujarnos sin que sepamos bien cómo ni por qué. El dualismo que separa objetos y sujetos, naturaleza y cultura, creer y saber, animales y humanos, tiene poca cabida en este proceso.

Recordemos que los cuentos y poemas de Galeano no son mitos. Los mitos explican un origen pre-humano de la humanidad: dan respuestas. Los cuentos y poemas nos hacen preguntas. Los mitos no tienen autor, sino generaciones de locutores que caen en el olvido conforme van transformando lo que transmiten. Los cuentos y poemas afirman una subjetividad y quedan grabados en mármol: cualquier transformación es una traición. Los mitos saltan a otros planos espacio-temporales, fuente no humana y ancestral de todo lo humano. La visión que Galeano saca de ellos crea un puente con nosotros, occidentales que también creemos en “la verdad de las mentiras”, como dice Vargas Llosa hablando de la literatura<sup>3</sup>. Hay así una diferencia entre la escritura perdurable y la versátil oralidad indígena. Es una diferencia que, apuesta Galeano, quizás la literatura misma pueda conciliar.

El curandero termina diciendo a la madre que su hijo no volverá. Ella continúa su búsqueda, hasta que una mujer chamán, nos informa el documental, le dice que ha sido capturado por narcotraficantes, pero se ha vuelto rico y pronto vendrá a visitarla<sup>4</sup>.

¿Crear o no crear? *Los árboles tienen madre* parece inclinarse hacia el escepticismo. Pero, ¿y si se tratase de algo más? Pues el poeta y el chamán atraviesan mundos y fronteras para despejar horizontes; su trabajo se vuelve más urgente cuanto más acecha el desastre; y quizás ambos revelen que la verdad, por más temible que sea, puede habitar en la esperanza.

---

<sup>3</sup> Vargas Llosa, Mario. *La verdad de las mentiras*. Barcelona: Editorial Seix Barral, 1990 (segunda edición ampliada: 2002). Impreso. El autor se inspira en el título de Louis Aragon: *Le mentir-vrai*. París: Gallimard, 1980. Impreso.

<sup>4</sup> No sabemos si esta nueva versión completa o contradice la versión inicial del primer chamán.